

Recordando a Antonio Labriola

Rodolfo Mondolfo

En la historia del marxismo en Italia, la fecha de publicación de los escritos de Antonio Labriola¹ posee —en el campo de la fundación teórica— una importancia no menor, ciertamente, a la que tuvo, en el terreno de la acción práctica, la constitución de un partido socialista que asumió como piedra cardinal de su propio movimiento los principios de la lucha de clases y del materialismo histórico, para apartarse y diferenciarse de las corrientes económicas y políticas que se agitaban con otros principios inspiradores y métodos orientadores en defensa de las reivindicaciones proletarias. El hecho histórico de la acción práctica precede y anticipa la afirmación de la concepción teórica consciente; en conformidad con ese concepto, Antonio Labriola lo aplicaba a la primera formulación de la doctrina por obra de Marx y de Engels: “nacida precisamente en condiciones dadas, esto es, no como la personal y discutible opinión de dos escritores, sino como una nueva conquista del pensamiento por la inevitable sugestión de un nuevo mundo que ya se está generando, o sea, la revolución proletaria”.²

La germinación del nuevo mundo también en Italia debía determinar asimismo entre nosotros el surgimiento de esa exigencia a la cual en otro lugar había antes correspondido la obra de pensamiento de Marx, de Engels y de sus discípulos y continuadores más selectos: la necesidad [*bisogno*] misma que a partir de la acción (orientada continuamente por el contacto inmediato con la realidad y por la casi instintiva inspiración de las rápidas y directas intuiciones de las urgencias reales) se suscita para la reflexión que desea una más profunda y segura conciencia; esto es, la necesidad de una visión orgánica y coherente de la realidad en sus relaciones con la actividad de los hombres, o sea la necesidad de una meditada y clara orientación filosófica que pueda encuadrar las contingencias particulares de la acción en una comprensión sistemática de la historia, y conferir así una dirección más precisa a la misma actividad práctica cotidiana.

Esta necesidad se hacía tanto más urgente y viva, cuanto que en la asimilación del marxismo entre nosotros —así como también en otras partes, por lo demás— se había ido determinando (especialmente por obra de los propagadores, de preparación y formación mental muy diversa, diferente de aquella que había derivado en la doctrina de Marx) una extraña antítesis entre la práctica de la acción proletaria y la teoría que pretendía encuadrarla y dirigirla. La acción proletaria —siguiendo la afirmación de la realidad histórica de la lucha de clases y de la necesidad de que la clase proletaria, conquistando su conciencia unitaria y universal, ejerciese una creciente presión para la transformación de la sociedad dividida en clases antagonistas (detentadores de los medios de producción y de cambio, y proletarios reducidos a mercancía fuerza de trabajo) en una humanidad asociada de productores— se desarrollaba en una intervención activa dirigida a modificar las condiciones históricas y a encauzarlas poco a poco, de manera creciente, en la dirección deseada. Pero la teoría del materialismo histórico

1 Para una límpida exposición sinóptica de la obra de Antonio Labriola puede verse el libro de S. Diambrini Palazzi, **Il pensiero filosofico di Antonio Labriola**, Zanichelli, Bologna, 1923. — N. de R.M. [“En diciembre de 1922, Mondolfo había escrito un breve prefacio [‘Prefazione’] al libro de su discípulo Sandro Diambrini Palazzi, **Il pensiero filosofico di Antonio Labriola**, [...] pp. VII-XI. El prefacio es sobre todo una respuesta a Balbino Giuliano, que había pretendido explicar, en polémica con el mismo Mondolfo, ‘las razones de la caducidad del marxismo’ (cfr. la recensión de B. Giuliano a la segunda edición de **Sulle orme di Marx** [de Mondolfo], en **Rivista di cultura**, I, 1920, pp. 81-84). Asumía, pues, particular importancia en ese momento la reivindicación de Antonio Labriola, ‘que claramente ubicaba en la filosofía de la praxis el núcleo y el nervio del marxismo’ (‘Prefazione’, cit.) p. IX.)” (Nota del editor, Norberto Bobbio, en Rodolfo Mondolfo, **Umanismo di Marx: studi filosofici 1908-1966**, Torino, Giulio Einaudi, 1968, p. 242). — N. de M.C.]

2 Mondolfo cita aquí, de modo no enteramente textual, un pasaje del segundo ensayo labrioliano. Cfr. Antonio Labriola, “Del materialismo storico. Dilucidazione preliminare” [1896], en **Scritti filosofici e politici**, ed. Franco Sbarberi, Torino, Einaudi, 1973, pp. 575-576. — N. de M.C.

vulgarizada y deformada, por el contrario, presentaba la imagen de un devenir automático y fatal de los procesos económicos, que por sí mismos, fuera y en contra de toda voluntad de acción de los hombres, mecánicamente conducirían a la *expropiación de los expropiadores*. Interpretando [así] el materialismo histórico como un verdadero *materialismo*, se aplicaba a la historia el concepto en el que éste encerraba la realidad de la naturaleza y de la vida: movimientos mecánicos de la materia, de los que la conciencia y la voluntad no serían más que apariencias inconsistentes, como las iridiscencias de la espuma del mar en el agitado elevarse de las olas. De modo que la conclusión más realista y justa habría sido la espera inerte y fatalista del desarrollo automático de las cosas: en el caso de que no se hubiera llegado al punto de concluir que la acción de clase para la conquista de mejores condiciones de trabajo y de salario, obstaculizando y retardando el fatal cumplimiento de la concentración creciente de la riqueza y de la miseria en los dos polos opuestos, y, por lo tanto, la aproximación del choque resolutivo final, debiera ser rechazada como perjudicial para la suprema finalidad del proletariado. Los hombres, para esta concepción, no eran más que marionetas de las cuales la fatalidad histórica tiraba los hilos: pero para que se lleve a cabo la acción escénica es preciso que en el mecanismo de estas marionetas sean eliminados los roces, que las hacen resistentes y desobedientes al tirón de los hilos del cual deberían resultar sus movimientos. En esta incoherencia y oposición entre la teoría y la práctica [*pratica*] existía un peligro no menor de desorientación proletaria, que sólo a partir de la más segura conciencia de sí mismo y de las condiciones y exigencias de su realización puede adquirir la máxima eficiencia. Y [precisamente] por la poderosa acción rectificadora de las erróneas interpretaciones de la teoría, la obra de Antonio Labriola marca en la historia del movimiento socialista italiano (y no solamente italiano, como ha reconocido Sorel) una fecha importante. Aunque él mismo hable a veces (con frases que pueden hacer pensar en la deformación del materialismo histórico arriba recordada) del proceso histórico como de una *autocrítica de las cosas*, él no ya no entiende *las cosas* como lo que existe fuera de los hombres, como materia económica que se sostiene por sí misma, sino como realidad plena y concreta que abraza y comprende en sí, simultáneamente, a los hombres activos y al resultado de su acción precedente, que condiciona, limita, estimula e impulsa la acción sucesiva, que se le debe volver en contra para superarlo y transformarlo. Y he aquí, en lugar de las cosas desarrollándose fatal e inconscientemente por sí mismas, he aquí el “hombre que se desarrolla, vale decir, se produce a sí mismo [...] como causa y efecto, como autor y consecuencia a un tiempo”³ del proceso histórico.

A mi parecer, los dos puntos esenciales en los cuales la obra de rectificación y, por lo tanto, el mérito de Antonio Labriola en la historia de la doctrina socialista se concentran particularmente son: la reivindicación de la filosofía de la praxis como “meollo del materialismo histórico”⁴ y la refutación y el repudio de toda teoría de los *factores históricos*. Reivindicación de la actividad, por una parte, y de la unidad de la vida y de la historia, por la otra.

El canon: “de la vida al pensamiento, no del pensamiento a la vida [...], del trabajo, que es [...] conocer obrando, al conocer como abstracta teoría”⁵, que él tan nítidamente formulaba, encontraba así aplicación en su obra de teórico, que precisamente desde la vida y desde la experiencia de la acción histórica llegaba a la interpretación de la doctrina marxista. De este modo, la teoría se volvía verdaderamente, como él decía de la dialéctica *real* de Marx: “un ritmo del pensamiento, que reproduce el ritmo [...] de la realidad que deviene”⁶; pero de una realidad que no se opone al pensamiento como escindida y separada de él, porque también el pensamiento, también la conciencia forma parte de aquélla: parte intrínseca y necesaria, conforme al principio de la unidad de la vida y de la realidad histórica. La acción de los hombres es condición y momento necesario del cumplimiento de los procesos históricos. “Todo el curso de las cosas humanas es una suma, o mejor, es una multiplicidad de series de condiciones, que los hombres han generado y se han puesto por sí mismos a través de la experiencia acumulada en la variable convivencia social; pero no presenta ni la aproximación a una meta prefijada, ni la desviación de un primer principio de perfección o de felicidad”⁷. No hay progreso ni regreso fatal, como suponen en contrastante acuerdo las teorías optimistas y las pesimistas, respectivamente: antitéticas en la coloración del porvenir, pero concordantes en el fatalismo de su devenir. Y no existe esa determinación espontánea de las transformaciones por presión de las condiciones externas, que el darwinismo social quiere transportar al campo de la historia desde la teoría de la evolución natural, concebida como progresiva adaptación de los organismos a la acción del ambiente.

3 Nueva cita sólo aproximada del segundo ensayo labrioliano. Cfr. Antonio Labriola, “Del materialismo storico”, *op. cit.*, p. 612. — N. de M.C.

4 Esta famosa sentencia pertenece al tercer ensayo labrioliano, que es el escrito en donde la fórmula “filosofía de la praxis” se utiliza por primera vez en la historia del marxismo. Cfr. Antonio Labriola, “Discorrendo di socialismo e di filosofia”, en **Scritti filosofici e politici**, *op. cit.*, p. 702. — N. de M.C.

5 Cita poco rigurosa, pero que —al igual que en los casos anteriores— no altera el sentido básico del texto original. Cfr. *ibid.* — N. de M.C.

6 *Idem* nota anterior. Cfr. *ibid.* p. 769. — N. de M.C.

7 Primera cita exacta. Cfr. Antonio Labriola, “Del materialismo storico”, *op. cit.*, p. 551. — N. de M.C.

El desarrollo no es necesario por sí mismo, sino contingente, porque está condicionado por el comportamiento de los hombres, por la reacción que éstos oponen a la acción de las circunstancias históricas: por lo tanto, la conciencia de la responsabilidad histórica debe despertarse y mantenerse viva en los hombres y en las clases, aún a sabiendas de su dependencia de la realidad. Deber de actuar, pero con atenta conciencia de los límites: o sea concepción crítico-práctica, que afirma el valor y la responsabilidad de la acción humana, a la vez que reconoce la dependencia de la voluntad, de las concepciones y aspiraciones, de la praxis [*prassi*], frente a las condiciones que las circunscriben y las estimulan al mismo tiempo.

La conciencia de la responsabilidad histórica también debe despertarse por la concreta visión unitaria de la historia, contrapuesta a las abstractas teorías de los *factores*. Quien interpreta el materialismo histórico como una afirmación de la acción exclusiva del factor económico en función de causa única, de la cual todos los otros hechos y aspectos de la vida social (políticos, jurídicos, ideológicos, etc.) no son más que efectos y resultados pasivos y sin influjo sobre el curso del desarrollo, no entiende, observa Labriola, que el dato permanente de la historia son “los hombres congregados en una determinada forma social por vía de determinados vínculos”;⁸ y en estos *hombres congregados* la realidad está constituida por todo el conjunto de los vínculos, por la entrelazamiento inextricable que ellos forman en su confluencia. Entrelazamiento que no puede ser desenredado y disuelto sin que de la realidad activa y pulsante de la vida se pase a la disección anatómica de los tejidos muertos en su separación. En la célebre (y tan malinterpretada) frase del prólogo a la **Crítica de la economía política**:⁹ la conciencia del hombre no determina su ser social, sino el ser social determina la conciencia, Labriola aclara que no hay que ver un intento de “traducir en categorías económicas todas las complicadas manifestaciones de la historia”.¹⁰ La *anatomía económica* de la historia destruye su vida y su proceso de desarrollo: es cierto que en la explicación de los hechos históricos individuales se debe siempre indagar la acción de la necesidad económica [*bisogno economico*], que por su mayor extensión y potencia impulsiva está siempre presente y en general predomina entre los otros elementos y necesidades; pero esta consideración *anatómica* del hecho individual no autoriza en absoluto a pasar a una interpretación anatómica de todo el curso de la historia. En la cual el elemento económico no existe aislado, desarrollándose por sí mismo automáticamente, por fuera del entrelazamiento de toda la realidad histórica; sino que sólo existe y obra dentro de éste, recibiendo de todo el conjunto, que lo condiciona, el intercambio de la acción y determinación que él ejerce sobre todo el resto en la unidad inescindible de la vida y del desarrollo.

Es sin duda verdad, pues, también para los ideales morales, que el surgimiento de la condena contra la moral dominante en nombre de una ética nueva y más alta, no es más que el resultado del surgimiento de nuevas condiciones históricas: “los hombres condenan la moral ya condenada por la historia”;¹¹ pero esta historia son los hombres mismos en sus relaciones sociales y con sus concepciones morales; y la conciencia no es de ningún modo un elemento irrelevante de la realidad histórica, como orientación de la acción, de la cual depende en gran medida la eficacia de ésta.

Por lo tanto, en todos los aspectos, la obra de Antonio Labriola es un continuo llamado a la conciencia de la responsabilidad histórica que atañe al proletariado en su acción. Es un despertar de la acción por la conciencia de que el proceso histórico resulta de ella misma; pero de una acción consciente de sus relaciones con la realidad presente y de su influjo sobre la determinación de la realidad futura. Y por éste llamado a la conciencia de la responsabilidad histórica el proletariado le debe gratitud y reverencia a la memoria de Antonio Labriola: y el mejor modo de profesarla será tener presente la enseñanza, reconociendo cuánto el olvido de los fundamentales y más necesarios principios directivos de su praxis histórica ha contribuido a desviaciones infecundas y a amargas desilusiones inevitables.

[Versión castellana de R. Mondolfo, “Ricordando Antonio Labriola”, en *id.*, **Umanismo di Marx: studi filosofici 1908-1966**, ed. Norberto Bobbio, Torino, Giulio Einaudi, 1968, pp. 242-246. La traducción y todos los añadidos entre corchetes son de Miguel Candiotti, al igual que las notas que así lo especifican. Este artículo fue publicado por primera vez en **Critica sociale**, XXXIV, n° 4, 15-29 de febrero de 1924, columnas 61a-62b.]

8 Cfr. *ibid.*, p. 569. — N. de M.C.

9 Cfr. Karl Marx, **Antología**, op. cit., pp. 247-251. — N. de M.C.

10 Cfr. Antonio Labriola, “Del materialismo storico”, op. cit., p. 543. — N. de M.C.

11 Lamentablemente Mondolfo no nos indica de dónde ha tomado esta sentencia, que no pertenece a Labriola. — N. de M.C.